

LLUÍS BOADA

LA SENECTUD
DEL CAPITALISMO
UN RETO A LA JUVENTUD

EDLibros



Publicado por
ECONOMÍA DIGITAL, S. L.
Rambla de Catalunya, 98, 7è, 1a
08008 BARCELONA

© Lluís Boada

© de esta edición
Economía Digital, S. L.

Imagen de la cubierta, detalle de *Diógenes sentado en su tinaja* (1860),
de Jean-Léon Gérôme

PRIMERA EDICIÓN: *febrero de 2017*

COORDINACIÓN: ViM
IGUAL

IMPRESO EN: *Gráficas Campás, S. A.*

DEPÓSITO LEGAL: B. 26.221-2016

ISBN: 978-84-617-7219-3

Impreso en España - *Printed in Spain*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,
ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión
en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico,
por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo
y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados
puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

PARA ELEONOR

CONTENIDO

DE LA SABIDURÍA

Fachada del Nacimiento	13
El abecé de la economía	14
La disciplina es ahorro	16
Cuerpo y mente	18
Economía de los gestos	19
Balones, sandías, vacas, hierba y compañía	21
Otro final del Neolítico	23
Economía y cultura	24
El alejamiento de la religión	26
Los genios creían en Dios	28

DEL DESARROLLO

La historia y el progreso	31
Tiempo de revoluciones	34
Socialismo y democracia	36
Impuestos y libertad	37

CONTENIDO

La agonía del caracol	40
Subsuelo o cielo	41
La carrera desenfadada	44
Crecimiento y desarrollo	45
Los límites del crecimiento no son el límite	47
Valor de uso y zapatos usados	50
La fábrica de deseos	52

DEL VALOR

Conocerse	55
Valor propio	56
Marx y el comunismo	58
Una economía poética	60
La economía enfermiza	62
Espíritu y núcleo del capitalismo	64
Categorías y personas	66
Incertidumbre y arrojo empresarial	67
Capital, capitalistas y <i>smartphones</i>	70
Concentración del capital	73
División capitalista del trabajo	75
Punto de inflexión	77
Defensa y conciencia de clase	78
Valor y precio	81

DE LA NATURALEZA

La prima Ecología	85
El ángel exterminador	88

CONTENIDO

Contra natura	92
El vuelo amazónico	94
Los monstruos y la esclavitud	96
Un toque francés: cultura y riqueza	99
Crónica de un olvido	101

DE LOS DERECHOS Y DEBERES

Los pilares del Estado del bienestar	105
Prioridades y lujos	107
Los retos del desarrollo político	109
Paraísos e infiernos	112
Especulación, el mayor peligro	114
Icaria y alrededores	117
Los estudiantes y la realización	120
Cultivarse para crear	122

DE LA CREACIÓN

Lo primero, mantener	125
Desarrollo y madurez	127
La senectud del capital	129
Producción y sociedad	132
La explotación	136
La distopía del robot	137
El caso de las hamburguesas	139
Sobreexplotación	142
Atracciones y repulsiones	144
Onanismo laboral en la fábrica fantasma	146

CONTENIDO

El mito del éxito	151
Valores libres, intimidad y respeto	154
La superación del capitalismo	157
Principio del fin	159

DEL SER

Economía del tiempo y de las generaciones	163
El valor propio y la herida	166
Microcosmos	169
Las manzanas de Cézanne	173
Alienación portátil o pequeñas máquinas muy poderosas	174
Economía de las afinidades electivas	178
Libertad en común	180
Pacifismo	182

DE LA FELICIDAD

El centro	185
El recogimiento	187
Homenaje a Charlot	190
La personalidad	191

DE LA SABIDURÍA

FACHADA DEL NACIMIENTO

Te escribo teniendo ante mis ojos el templo expiatorio de la Sagrada Familia. Evoco esta circunstancia no solo para situar el lugar que he elegido para escribir, sino porque, dada la lógica preocupación por la economía que se respira en el ambiente y que parece enturbiar tu horizonte vital, el templo de Gaudí plantea cuestiones muy interesantes a elucidar.

En los primeros años de construcción fue llamada «la catedral de los pobres». Entonces Joaquim Mir pintó un cuadro al que dio este título. Es un templo que se ha ido construyendo gracias a la generosidad piadosa que innumerables y anónimos ciudadanos de este país practicaron durante décadas. Así pudo construirse la fachada del Nacimiento con sus torres asombrosas, erigiéndose en un atractivo de fuerza universal. Desde hace años, millones de visitantes de todo el mundo vienen aportando el dinero suficiente para que

la construcción haya seguido un ritmo acelerado y sea posible fijar una fecha aproximada para la finalización de una obra que había adquirido el estatuto de obra interminable.

Así, pues, un templo expiatorio, modestamente financiado, pero engrandecido por el genio de Gaudí, además de cumplir una función religiosa, espiritual y estética, se ha convertido en un importantísimo captador de dinero. En primer lugar, para su propia financiación mediante las entradas vendidas. Y, en segundo lugar, para la ciudad y el país entero pues, atraídas por él, verdaderas multitudes visitan otros edificios y museos, se alojan en hoteles, comen en restaurantes, utilizan los medios de transporte, hacen compras y se entremezclan con la gente en las calles dando un aire cosmopolita a Barcelona.

De modo que la Sagrada Familia es un espléndido ejemplo de una de las paradojas de la economía, a saber, que algo que no fue hecho con fines lucrativos se convierta en una fuente incesante de riqueza.

EL ABECÉ DE LA ECONOMÍA

A mi padre le costó mucho aceptar que yo no siguiera al frente del negocio familiar. Lo levantó de la nada y en estrecha unión con mi madre y, gracias a ello, los hijos pudimos estudiar y vivir dignamente.

Uno de los orgullos de mi padre era que nadie que se hubiera presentado correctamente al cobro saliera sin cobrar. Fue un hombre de gran seriedad y me en-

señó el abecé de la economía: trabajar, tratar de ganar lo merecido, vivir bien pero sin excesos ni derroches, ahorrar lo posible, recibir una retribución justa por depositar el ahorro en una entidad financiera, por ejemplo del 2 %, mientras esta entidad prestaría los ahorros como el mío a gente emprendedora a un tipo de interés discreto, por ejemplo del 4 %. Con estos ahorros convertidos en capital y con buenas ideas y entusiasmo los emprendedores podrían ganar un 8 %, un 10 % o un 15 %, beneficio suficiente en cualquier caso para pagar los intereses e ir devolviendo el préstamo a la entidad financiera, con lo que esta me abonaría lo mío y aún podría dedicar el 2 % restante a ampliaciones o a obras sociales. Mientras, con el excedente sobrante, el emprendedor podría desarrollar su empresa y ganar autonomía financiera.

Esta era la base de una economía capitalista saludable con crecimientos sólidos, pero no espectaculares. De hecho, así se regía la economía en mi infancia, por lo menos en mi entorno social. Mi padre siempre fue fiel a este modo de hacer. Por eso, cuando llegaban las grandes inflaciones de precios y las consiguientes devaluaciones de la moneda, sus ahorros perdían mucho valor como si una parte se hubiera evaporado. Sin embargo, siguió prosperando paulatinamente a lo largo de su vida y, al ser consecuente con el abecé de la economía, me dio una lección definitiva que nunca he olvidado. No endeudarse o hacerlo moderadamente y con todas las garantías de poder devolver el préstamo.

LA DISCIPLINA ES AHORRO

Vas viendo, pues, la importancia del ahorro en la economía personal y en la de la sociedad en su conjunto. Ahora bien, el ahorro no solo concierne al dinero, también al tiempo, a la energía, a los materiales y a los bienes que nos ofrece la naturaleza, y a otras cosas más intangibles como los disgustos, los conflictos, los enfados o las riñas.

La disciplina y el orden son algo muy simple. No se dan naturalmente, pero no es tan difícil incorporarlos con naturalidad. Eso sí, requieren buenos ejemplos y aplicarse a ello con coherencia y constancia. Vale la pena, créeme, y para comprobarlo solo hay que pensar en las consecuencias de uno u otro comportamiento.

Ser ordenado ahorra un tiempo enorme. Ya sabes lo que ocurre cuando tu habitación está desordenada y no encuentras algo que necesitas: pérdida de tiempo, nerviosismo, malhumor y, a menudo, de tanto remover tus cosas, más desorden aún. Además, el orden tiene otra virtud: ayuda a ordenar y a serenar tu mente y tu estado de ánimo. En mi opinión, este es el mayor beneficio que puede producirte.

La disciplina es algo que uno se impone, o que te imponen, para ordenarse. Tiene tres dimensiones: ordenarse uno mismo, ordenar tu relación con el entorno material y ordenar las relaciones sociales. Hoy, a diferencia de otros tiempos regidos por el autoritario «orden y mando», cuando en la esfera familiar e incluso en la escuela todo se razona, se explica, se justifica, incluso se pacta, parece que deberíamos ser más

proclives a actuar disciplinadamente, a aceptar el orden. Sin embargo, no siempre es así. Tal vez fallen los ejemplos, las actitudes ejemplares, empezando por las de padres y maestros.

También fallan la percepción de pertenecer al grupo y las responsabilidades derivadas de nuestra dimensión social. Acuérdate solamente de estos chicos y chicas que en trenes, autobuses y metros ponen los pies encima del asiento de enfrente. ¿No piensan que lo ensucian y que allí van a sentarse otras personas o tal vez ellos mismos, otro día? Y, lo que es peor, si lo piensan, ¿no les importa? ¿Su cortedad de miras no les permite entender que, además de ensuciarlo, el asiento se estropeará y se habrá de cambiar antes de tiempo, lo que va implicar un mayor gasto social?

No hace falta ser una persona obsesionada con el orden. Vivir implica un cierto caos individual y colectivo, de ahí las catarsis y los carnavales, que son caos ritualizados, admitidos desde la Antigüedad y que han llegado hasta nosotros bajo la forma de la fiesta. También en la naturaleza conviven el orden y el caos. Se suceden los días y las noches, y las estaciones con sus ritmos nos traen sol y lluvia, calor y frío, vida y letargo. El caos estuvo en todos los comienzos y sigue siempre al acecho. No obstante, nosotros necesitamos un cierto orden para subsistir y mucho más orden para ser humanos. Sin obsesiones, basta con ser ordenados. El caos recreador debe ser breve o bien dejarlo para las grandes ocasiones.

CUERPO Y MENTE

Recuerdo a mi madre diciéndome «ordena tus cosas», «déjalas en su sitio». Por tanto, yo sabía qué debía hacer, o más bien lo había oído porque es muy distinto haberlo oído que saberlo. Quien sabe es sabio, es decir, hace lo bueno que ha oído, y no siempre era mi caso y seguramente tampoco el tuyo...

Oímos y leemos muchas cosas convenientes, inteligentes, buenas, pero aplicamos muchas menos. Quizá te suene raro, pero para describir esta inconsecuencia me gusta hablar de *inteligencia desencarnada*. Este fenómeno ha sido una verdadera desgracia para los intelectuales de Occidente, al menos a lo largo del siglo xx, y me temo que también es uno de los problemas de nuestro sistema educativo. Solo sabemos realmente cuando actuamos de conformidad con lo que creemos saber. Entonces sí podemos decir que lo hemos incorporado o encarnado.

En otros tiempos y en otras culturas se ha velado para evitar la disociación que hace que la mente vaya por un lado y el cuerpo, o mejor nuestro comportamiento efectivo, por el otro. Algunos filósofos griegos, como Pitágoras, fueron a su vez grandes atletas y Sócrates llevó su coherencia de pensamiento hasta el extremo de renunciar a salvar la vida.

En Oriente se ha mantenido viva hasta tiempos recientes la integración de cuerpo y mente. Por el contrario, en Occidente se ha ahondado en la separación de cuerpo y alma a medida que se imponía la idea de la superioridad del alma sobre el cuerpo. La idea tenía

cierta lógica porque se basaba en el supuesto de la inmortalidad del alma y en la obvia mortalidad del cuerpo. Y hay un principio económico fundamental según el cual lo que perdura tiene más valor que lo perecedero.

Ahora todo está muy cambiado. Pocos creen en la inmortalidad del alma y la economía ha querido hacer, de la brevedad de los valores, un valor. Así le ha ido. Por eso también, ante cierta perplejidad de los economistas actuales, cuando las cosas van mal, el oro, simbólico y perdurable, aumenta de precio.

ECONOMÍA DE LOS GESTOS

¿Qué podemos hacer nosotros para ser un poco sabios en un contexto de insensatez? Pues muy sencillo: empezar a aplicar en nuestra vida cotidiana y cuanto antes mejor lo bueno que oímos. Por ejemplo, lo que me decía mi madre sin que yo le hiciera mucho caso: cuando saques una cosa de un lugar, vuelve a ponerla en él una vez utilizada; hazte la cama al levantarte; repón lo que se ha gastado; limpia lo que ensucias; tapa el frasco que has abierto; mantén ordenados la mesa de trabajo, los cajones, el armario, el cuarto, la mochila; y, si te haces una herida, desinfectala y cuídala para que se cure pronto.

A través de estos consejos y otros muchos que tanto nos irritan oír en la adolescencia, me transmitía un principio vital y económico fundamental: a cada gesto corresponde otro en sentido contrario. Sin tenerlo en

cuenta, no es posible medir bien la fuerza que requiere cualquier acción, pues a esta le corresponde una reacción de igual fuerza. Acción y reacción son indisociables. Es un principio de la ciencia física que Newton formuló en una de sus leyes, la tercera. Admite una adaptación muy libre, cotidiana y casera, que es la que aquí estoy empleando, enmarcada en una economía de los gestos. Si no lo tienes en cuenta y solo aplicas la fuerza para la acción, otro deberá aplicar la que requiere la segunda parte, es decir, dejar las cosas como estaban, o bien se producirá el caos. Fíjate solo en qué ocurre cada mañana con tu cama: o la haces tú o la hace otro o se queda sin hacer... y, en este caso, deja una sensación caótica. Imagínate qué sucedería si todo el mundo optara por «pasar» del mismo modo y el desorden se extendiese a todos los cuartos, a los baños, a todas las casas, y luego a las calles y a los lugares de estudio o de trabajo...

No sabes cómo lamento que, a pesar de haber oído los consejos de mi madre tantas veces en la infancia y la adolescencia, no los haya aplicado sistemáticamente hasta mucho más tarde. Olvidarlos es la base del desorden. Olvidar el principio que expresan es también la base de una economía a medias, es decir, de una falsa economía. Olvidarse de devolver lo prestado, no reponer lo gastado, no pagar lo debido..., en fin, no seguir aquel principio, lleva al engaño, a la injusticia o al caos. A la vista está.